

El poder incomparable, del arte musical

BETTY ZANOLLI FABILA

La enseñanza artística, en particular de la música, tuvo gran importancia pedagógica en la formación de la juventud en la Grecia clásica. Con base en los fragmentos literarios extraídos de la obra homérica y en representaciones plasmadas en la cerámica policroma, se puede advertir como característica de la organización educativa musical de este pueblo, el hecho de que ésta era impartida principalmente a las capas pudientes de la sociedad por medio de la relación entre un hombre joven y uno mayor que le servía de guía y mentor, es decir, de παιδαγωγος, en el sentido literal de tutor o protector.

Derivado de ello, el concepto de educación que desarrolló esta cultura, consideró que todo infante, desde su más tierna edad, debía ser sometido a una instrucción sustentada por dos soportes principales: la música y el deporte, de modo que mientras la primera moldeaba y cuidaba del espíritu, la segunda desarrollaba las capacidades físicas del niño, permitiéndole adoptar una expresión corporal armoniosa, lo que terminaba por equilibrar el carácter y temperamento del educando,

según quedó asentado en la obra de sus más ilustres filósofos.

Aristóteles, por ejemplo, en *La Política*, declaró: “La Música tiene el poder de producir un efecto certero en el carácter moral del alma, y si tiene el poder de hacerlo, está claro que la juventud debe ser dirigida a la música y debe ser educada en ella”. En ese sentido,

Grecia condensó y volvió a expresar con una madurez fascinadora la herencia de civilizaciones más antiguas de la



Horacio Salcedo

cuenca del Mediterráneo. Ser músico significaba poseer una formación eurítmica artístico-científica. La enseñanza de la música (canto, instrumento, danza, oratoria) era obligatoria hasta el trigésimo año de edad; y por sus íntimos nexos matemáticos, el arte de los sonidos pertenecía a la *Ενκυκλιος Παιδεια*.¹

La *Ενκυκλιος Παιδεια* enseñanza global, buscaba ofrecer al alumno una formación integral; sin embargo, en el transcurso de los siglos, la educación musical se diversificó y hasta cierto punto democratizó, desde el momento en que se formaron grupos corales destinados a participar en las ceremonias religiosas, esquema que hubo de perdurar hasta el término de la época clásica. De tal forma, a partir nuevamente de las escenas que muestran los vasos cerámicos pintados correspondientes a los siglos V y IV a.C., es posible considerar que para ese entonces, la enseñanza impartida por los griegos se sustentaba fundamentalmente en el canto, la danza e interpretación de la lira, la cual era enseñada de manera individual o bien ante un grupo de espectadores empleando los métodos de imitación y repetición mnemotécnica, característicos de la educación griega desde los tiempos homéricos; tal era la *Αρκαία Παιδεια* de la que hablaron también Aristófanes en *Las Nubes* y Platón en *Protágoras*, y a la que el periodo helenístico enriqueció mediante la introducción de un sistema incipiente de notación musical, consistente éste en el uso de ciertos elementos relativos al ritmo y a la melodía.

En estrecha vinculación con lo anterior, floreció durante el periodo clásico la escuela platónica que, con sede en la casa del héroe ateniense Academo, sería recordada con el nombre de “La Academia”, en la que el interés por las teorías pitagóricas en asociación con el arte musical ocupó un relevante lugar, y cuyos adelantos realizados en el campo de la acústica, permitieron importantes avances en el conocimiento del fenómeno sonoro, en particular de las relaciones interválicas entre los armónicos de una nota fundamental.

Se sentaban así las bases para que en un futuro, la música no sólo fuera comprendida en el marco de las ciencias matemáticas, sino también a partir del análisis vibratorio del sonido y de sus efectos psíquicos en el ser humano, es decir, conforme a los criterios específicos de la acústica musical. Conceptos éstos que retomaría siglos después el Renacimiento al efectuar la reorientación disciplinaria de la música desde el ámbito matemático al de la física, a partir del siguiente postulado: “Por axioma, si admitimos que la música pertenece a la acústica, y la acústica a la física, la física es música”.²

Por otra parte, en dicho periodo histórico no hay evidencias de que la sociedad griega hubiera desarrollado el concepto de lo que podía ser un “profesionista de la música”, como tampoco lo hicieron en su oportunidad los romanos, lo que contribuyó a relegar paulatinamente dicha actividad en la sociedad durante el I milenio de nuestra era. Este fenómeno contribuyó a que el Imperio Romano, pese a haber sido heredero de la cultura helénica, no conservara su mismo criterio respecto a la importancia pedagógica de la música en la formación de los futuros ciudadanos romanos. Otros eran sus intereses, por lo que se relegó la práctica musical al sector social de los esclavos en el entendido de constituir un medio más para la diversión de los patricios, especialmente por lo que hacía a los eventos desarrollados en el circo, en los que la inclusión de fanfarrias musicales en los momentos de máxima emoción se constituyó pronto en parte imprescindible de ellos.

Siglos más tarde, no resulta extraño comprender por qué durante las últimas décadas de la República romana, los estudios musicales no figuraron como elemento regular e importante de la instrucción de los ciudadanos romanos en general. Es verdad que hacia el I siglo de nuestra era hubo evidencias de que algunos emperadores como Calígula, Claudio Tiberio Británico y Domicio Claudio Nerón, en colaboración con importantes patricios, se dieron a la tarea de estudiar y cultivar por ellos

mismos el arte musical, al grado de integrar para tal fin grupos de aficionados, pero tampoco este hecho habría de tener mayor repercusión en la historia de la enseñanza del arte euterpiano en la época grecorromana.

En suma, es indiscutible que la época de oro de la educación musical tuvo lugar durante la Grecia clásica. Desde entonces, han pasado más de tres milenios y hoy, más que nunca, volver los ojos a los valores educativos que caracterizaron a la Antigüedad clásica es tarea impostergable, como fundamental resulta también releer los postulados que sobre la música y su enseñanza nos legaron principalmente Platón, Aristóteles, Euclides y Pitágoras.

La música, medicina del alma según la concebía Platón por tener la facultad de armonizar los sentimientos y sentidos del hombre, era la vía idónea para elevar al alma hacia la perfección. Aún más, según su visión, la música tenía un poder especial como regulador de la

vida social, al grado de afirmar: “El Estado ideal debe ser cimentado sobre la música; cualquier cambio o desorden musical lleva consigo un cambio del Estado”.

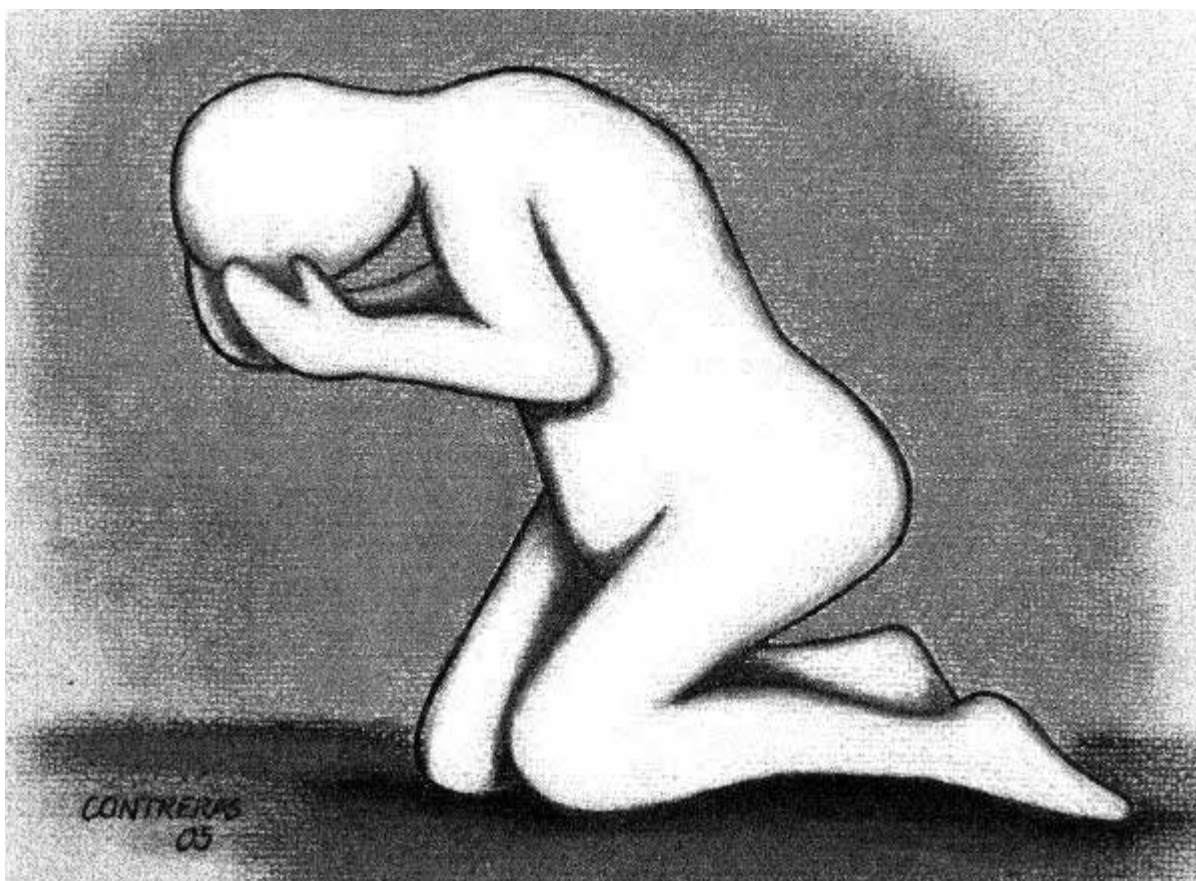
No me cabe la menor duda, cuánta razón asistía a Platón, si la educación en nuestro país y en el mundo entero retomara el valor intrínseco de los postulados platónicos, otra sociedad humana tendríamos: más sensible, más justa, más amorosa, gracias al poder imbatible, poderoso e incomparable del arte musical.

Ojalá algún alma sensible lo comprenda, por el bien de la humanidad. ■

bettyzanolli@hotmail.com

¹Zanolli, Uberto, “La Música en la formación integral del individuo”, Ponencia inédita presentada en el Foro Abierto organizado por la Coordinación de Extensión Universitaria, La Participación de la Comunidad en Actividades Musicales, México, UNAM, 1984.

²Zanolli, Uberto, “La Física es Música”, cit. en Uberto Zanolli, vida y obra, México, CNCA/CNM, 1995, p. 30. (Col. Celebridades, 1)



David Contreras